



Villacarrillo tuvo gran esplendor en época pasada con la música de cuerda, no había banquete o celebración que no estuvieran amenizados por la inseparable trilogía de bandurria, laúd y guitarra, siendo testigo directo de aquél tiempo y que vivió en primera persona Diego Martínez Martínez. Nadie lo llamó nunca por su nombre, él era El Maestro para todos o el Maestro Vilano para los más distantes, doblemente, por su condición de maestro en el oficio de barbero y por su maestría en aguantar a la chiquillería que tras las jornadas escolar, puntualmente, acudía a la barbería-conservatorio ubicada en calle Las Moreras, hoy Bar El Jamón, a recibir las clases de guitarra o bandurria, que altruístamente impartía en los distintos niveles: Tun-de-te, mazurca, vals seguido, pasodoble, etc.

Sus conocimientos musicales obviaban el pentagrama y las corcheas, pero era capaz de sacar un sonido en el acompañamiento con guitarra difícil de igualar.

La afición por este tipo de música siempre permaneció en él, su vieja guitarra de cuerdas metálicas colgada en un rincón de la barbería daba fe de ello.

Fue un hombre honrado, cabal y con un buen corazón, de esos ciudadanos anónimos a los que no se les reconoce su labor en favor de los pilares fundamentales de una sociedad sana, como la educación, el trabajo, la cultura, etc., dándole todo sin pedir nada a cambio.

Todos los que pasamos por allí, en aquella época, cuando nos vemos, nos saludamos como hermanos.

Para quienes tuvimos la suerte de quedarnos aquí era obligada la visita diaria e igual para quienes tuvieron que salir, durante su estancia en el pueblo en período de vacaciones. Esa fue la convivencia que con cariño él nos enseñó.

AL MAESTRO VILANO

Alternaba su larga jornada de trabajo, de 9 ó 10 horas diarias durante toda su vida incluidos sábados, con las lecciones y ensayos a diez o doce niños inquietos y revoltosos, no viéndolo nunca enfadado ni cansado.



La rondalla

A mediados de la década de los 60, algunos jóvenes que le habían oído tocar, atraídos, empezaron a frecuentar el establecimiento con la intención de que el maestro los fuera instruyendo en el manejo de aquéllos instrumentos.

En el año 1968 ya había formado a un grupo con las suficientes aptitudes para interpretar un digno repertorio de pasodobles, boleros, tangos, valsos, mazurcas, etc. que entusiasmaban a cualquiera que tuviera la más mínima sensibilidad por la música. Normalmente se tocaban en las memorables serenatas nocturnas ofrecidas con motivo de onomásticas de familiares, amigos y personas del entorno de los componentes. Esta era la función asignada y el espíritu con que nació la rondalla, pasarlo bien haciendo lo que gustaba.

Por entonces, otra música estaba en la onda, Beatles, Rolling Stone, Los Bravos, etc. quedando ésta relegada a círculos sin relevancia alguna, por ello, las participaciones en eventos organizados fueron escasas. Recordamos un concurso de villancicos a nivel provincial en el año 1972, en Jaén, organizado por el Frente de Juventudes en el que el jurado de expertos quedó entusiasmado, asegurándonos que éramos los mejores con diferencia pero la disparidad en las edades de los componentes les impedía conceder el primer premio, por lo que nos otorgaron una placa y diploma que lucieron en lugar destacado de la barbería hasta el cierre de la misma por jubilación en el año 1982.

El abrazo de Andrés Segovia

Después, en una de las visitas que Andrés Segovia realizó a la ciudad, las autoridades, con tal motivo, le

organizaron una serie de actos, entre ellos, una comida-recepción en el Hotel Las Villas, participando en la valeda esta rondalla que a escasos metros del genio Segovia interpretó parte de su repertorio.

D. Andrés Segovia se acercó al Maestro ofreciéndole una bandeja de aperitivos para que los degustáramos, preguntando al Maestro por las partituras, y al decirle que nosotros tocábamos de oído se quedó prendado de nuestro buen hacer, felicitando al Maestro con un gran abrazo. Seguro que don Andrés no daba un abrazo a todo el mundo por su buen hacer.

Otra de las muchas serenatas que nos dejó buen recuerdo fue la ofrecida en Castellar, por el vínculo de amistad que unía a los padres de una de los componentes con el agasajado, realizando el transporte, con un frío que pelaba, en la caja del camión de Pedro el del Pocico, no fue el único que hicimos con él, siendo éste uno de los medios de transporte de la época. Luego resultó que era el alcalde.

En una de las actuaciones que realizamos en el paseo estuvieron como oyentes dos virtuosos músicos en este tipo de instrumentos, Antonio Sola y Pedro Álvarez quienes tras felicitarnos intentaron tocar nuestras bandurrias, desistiendo al instante por lo viejas y duras que estaban.

Participamos en otros acontecimientos como en las fiestas de Cañada Morales y algún otro en pueblos limítrofes.

En los años 1976/77 el permanente azote de la emigración dio su zarpazo a la agrupación, alejando a los discípulos más destacados, quedando en el recuerdo de todos lo que Paco Muñoz describe así:

“Recuerdo más que nada los veranos, porque estaba todo el día metido en la barbería. Por la mañana le hacíamos algunos mandados y a medio día ensayábamos un rato hasta la hora de comer. Por la tarde abría a las cinco y nos dejaba jugar un rato en la calle. Para llamarnos al ensayo cogía el laúd, daba tres o cuatro notas y ya estábamos todos a su alrededor para recibir la lección”

A nuestro Maestro, allá donde esté, con todo el afecto y cariño de sus alumnos

Juan Bustos

VILLACARRILLO